

### XIII.

El orgullo de su triunfo le hacia aparecer como embriagado, hablando siempre del rey con una ligereza y un desden que el príncipe era imposible que ignorase, y gozándose á cada paso en humillar á su señor: «Cuanto han hecho los Borbones hasta el día, no ha sido mas que un contrasentido de los intereses y de la gloria de la Francia. ¡Ellos quieren colocar á la contrarrevolucion sobre el trono, están empeñándose en ello, pero yo estoy aquí para impedirlo!.. ¡Yo me opondré con todo mi poder! ¡Se ha hablado de sustituirlos con un príncipe extranjero! Y bien, es muy cierto: sea un príncipe extranjero, un Orleans ó una regencia, no hay nada que el partido constitucional pueda aceptar de las potencias que no sea preferible á ellos; en ese caso al menos podria exigirse que fuesen reconocidos los derechos del pueblo. ¡Se habla tambien de guerra civil! Si por ventura llegan á estallar los Borbones, no encontrarían entre sesenta departamentos mas que un puñado de realistas que oponer á la masa del pueblo. Sacad, pues, de mis palabras todas las consecuencias que queráis; añadia él desconfiando de la indiscrecion de sus interlocutores, me es absolutamente indiferente!»

Estaba por otra parte muy convencido de encontrar en una nueva cámara una mayoría, sino revolucionaria, al menos constitucional, que le serviría de apoyo contra la córte, cámara que él gobernaria por medio de sus intrigas y confidentes, como habia hecho con la de los cien días, y que le ayudaría á intimidar al realismo y á dominar al rey y á la córte.

Mr. de Talleyrand, que necesitaba asimismo de igual punto de apoyo contra las desgracias que aunque desde

lejos le amenazaban por el espíritu dominante en la córte sin que contase con otro contrapeso en la opinion, alimentaba tambien las mismas esperanzas en una representacion nacional. Ambos ministros, pues, llevados de aquel comun interés, suscitaron inmediatamente en el consejo del rey la cuestion de la pronta convocacion de las Cámaras. El rey, por su parte, hallábase tambien interesado en oponer cuanto antes una asamblea nacional frente á frente á las exigencias del extranjero, á fin de que no pesase sobre él solo la responsabilidad y la impopularidad de los sacrificios y de los rescates de la patria.

### XIV.

Conservar las Cámaras existentes, era lo mismo que capitular con la revolucion y con el imperio. Convocar las de 1814, que fueron espulsadas á consecuencia del 20 de marzo, era como reconocer la autoridad del imperio de donde ellas emanaban, y encontrarse entre los pares y diputados con un gran número de partidarios de Napoleón, reelegidos despues del 20 de marzo, y que habian firmado el acta de proscripcion contra los Borbones. El rey no podia de modo alguno consentir en volver á instalar por sí mismo á sus enemigos en el Cuerpo legislativo y en la Cámara de los pares, compuesta en su mayor parte de militares é imperialistas. No pudiendo, pues, atenerse á las prescripciones de la Carta, se arregló todo por medio de decretos, sin perjuicio de hacerlos revisar y convertirlos en leyes del Estado por las Cámaras apenas se hallasen reunidas.

La Cámara de los pares de 1814 se conservó en pie para todos aquellos de sus individuos que no habian pertenecido á la de Napoleón durante los cien días. La Cámara de diputados de 1814 y la de representantes de 1815

fueron disueltas. La dignidad de par se declaró hereditaria para lo sucesivo y á pesar de la oposicion del rey. ¡Vana institucion de Inglaterra aristocrática y feudal en un pueblo que había hecho la revolucion para suprimir las Cartas, y que restablecia con ella los privilegios de una legislatura por derecho de nacimiento y no por derecho de eleccion real y popular y de capacidad personal!

Fouché y Mr. de Talleyrand solo vieron en aquella disposicion un medio de atar de antemano las manos al rey, y de impedir que los ministerios futuros vendidos á la corte se hiciesen con la Cámara de los pares, valiéndose del recurso de transmitir la dignidad de par de padres á hijos á voluntad del rey, y vieron ademas la ocasion que se les presentaba de nombrar ellos mismos los nuevos pares, eligiéndolos de entre los hombres de la revolucion ó del imperio, y formándose así una poderosa clientela en el cuerpo político mas distinguido despues del rey. El monarca, que temblaba sin motivo ante la sombra de la revolucion y de la guerra civil con las cuales le atemorizaban tanto Fouché como Mr. de Talleyrand durante los primeros dias de su aun combatido reinado, accedió á todo lo que se le propuso, perdiendo por ello desde luego una parte de su prerogativa y de su libertad.

Otros varios decretos determinaban la manera con que habia de procederse á la eleccion de los diputados. Los electores se dividian en comicios de departamento y comicios de distrito. Los comicios de distrito presentaban los candidatos á los comicios de departamento, los cuales elegian entre ellos la mitad de los diputados. Aquella eleccion de dos grados debia asegurar una representacion á la vez mas local y mas amplia, lo cual era una garantia de notoriedad y de presuncion de capacidad que la ley exigia á los representantes del pais. Por lo demas, la propiedad y la cuota de contribucion, eran siempre los títulos que daban el derecho de elegir y de ser elegido. Trescientos francos de contribucion era lo que se exigia

á los electores de departamento. Los ministros, con el objeto de halagar al ejército, y á fin de introducir en la eleccion un elemento nuevo y liberal, segun suponian, habian admitido en los comicios de departamento á todos los que se hallasen condecorados con la orden de la legion de honor, milicia civil y militar del emperador. Las Cámaras habian sido convocadas para el 24 de setiembre.

## XV.

El ejército al mando de Davout, continuaba pacíficamente su retirada al otro lado del Loira, sin dejar por eso de exhalar sus quejas, y dejando en pos de sí por todos los departamentos que iba atravesando la huella de su patriotismo y de su bonapartismo vencidos y proscritos en él. Las poblaciones mas apartadas del teatro de los acontecimientos y por tanto mas indiferentes á los peligros que habian rodeado á Paris, atribuian al rey y á los realistas los contratiempos y los rigores de que estaban á la verdad bien inocentes.

Al contemplar aquellos regimientos todavía intactos, cuyas masas, así como las de la caballería, y artillería presentaban el aspecto de una fuerza invencible, aunque triste y condenada á la inmovilidad por la traicion, las ciudades y los habitantes de los campos no podian comprender como aquellos millares de soldados, intrépidas falanges ardiendo aun en fanatismo por su emperador, habian retrocedido por sí mismas ante los ejércitos diez veces superiores de la coalicion, dejando entregado el trono, la capital y el pais entero en manos del enemigo. Así es, que creian ó por lo menos aparentaban creerlo, que aquella capitulacion que arrojaba el ejército á las provincias, era una cobarde inteligencia entre los Borbo-

nes y el extranjero, y una espiacion de la gloria de la Francia impuesta por los mismos que trataban de envilecerla, de rebajarla y de desarmarla á fin de enseñorearse de ella.

En un gran número de departamentos habíanse observado algunos síntomas de insurreccion militar y de agitacion civil al atravesar el ejército su territorio, pues las tropas se hallaban de continuo muy dispuestas á arrastrar en pos de sí á las poblaciones, ó á dejarse arrastrar por estas á fin de renovar otra vez la guerra. Los generales, por su parte, todos estaban en correspondencia con los de Paris.

Davout, si bien se hallaba resuelto á someterse á la necesidad, sostenia muy á duras penas á sus subalternos dentro del círculo de sus deberes. Su cuartel general era una especie de gobierno militar desde donde se negociaba con el gobierno civil. Alentadas secretamente sus exigencias por las insinuaciones de Fouché, habia formalizado sus condiciones y las del ejército, dirigiendo al gobierno del rey sus intimaciones por la mediacion de tres agentes que él habia dejado en Paris al emprender su retirada, para tratar con ellos de los intereses del ejército, como hubiera podido hacerlo de los intereses separados de una provincia ó de un imperio en tiempo del Imperio.

Aquellos tres agentes eran los generales Gerard, Kellermann y Haxa, todos tres célebres por su talento y patriotismo, los cuales trasmitian al gobierno las aspiraciones y la opinion del ejército, y á éste los deseos ó mas bien las órdenes del gobierno. Por ambas partes se observaban y se temian reciprocamente, y se negociaba la obediencia en vez de imponerla. El general Davout se asemejaba á aquellos generales de Roma que se hallaban al frente de las legiones indecisas, no obedeciendo mas órdenes que las que ellos mismos habian impuesto al senado. Davout, sin embargo, mas bien puede decirse que se resignaba á seguir

en aquel puesto, que se afanaba por sostenerse en él; así es que, conmovido de las desgracias de su patria, y convencido de que la renovacion de la guerra, si bien favorable á su popularidad y á su nombre, equivaldria á prolongar mas y mas la agonía de la Francia, se ocupaba, aunque salvando las apariencias y empleando en ella su mas sincera abnegacion, en apaciguar el espíritu del ejército, y en ir domando su cólera por medio de concesi-  
siones.

## XVI.

Sus órdenes del dia de Orleans y de Tours, pueden dar una idea de los esfuerzos que hacia para calmar la agitacion de los gefes y de los soldados. «Los comisarios, les decia á las tropas, aseguran por su parte que no es de temer una reaccion, que se dominarán las pasiones, respetará á los hombres, y se salvarán los principios, que no se harán destituciones arbitrarias en el ejército, y que su honor quedará á cubierto. Como primera garantia, añadia, tenemos ya el nombramiento del mariscal Saint Cyr, para el ministerio de la Guerra, y el de Fouché para el de la policia. Semejantes condiciones no pueden menos de ser aceptables. El interés nacional debe reunirse francamente al ejército del rey, y aunque este interés exige algunos sacrificios, hagámoslos, si es preciso, con una modesta energia. El ejército, intacto y unido para siempre, vendrá en caso de necesidad á ser el centro de reunion de los franceses, y hasta de los mismos realistas. ¡Unámonos, pues, estrechemos nuestras filas para no separarnos jamás, en una palabra, seamos franceses! Este ha sido siempre, bien lo sabeis, el sentimiento que ha dominado mi alma, y el cual no me abandonará sino con mi último suspiro.»

Aquellas tan nobles palabras no podían menos de ser bien acogidas por la gran mayoría del ejército, el cual comenzaba ya á reconocer sus errores, y á deplorar las desgracias que habia ocasionado á su patria, así es que determinó responder á ellas por medio de un acta de arrepentimiento y de sumision, que fué entregada por los gefes de los cuerpos á los comisarios, y por estos al mariscal, á fin de que por conducto del general en gefe llegase á manos del monarca.

«Señor, decia aquella patriótica esposicion del ejército al trono, confiado el ejército en vuestra generosidad, decidido á evitar la guerra civil reuniéndose en torno vuestro, y á atraer con su ejemplo á aquellos de vuestros súbditos que por efecto de las circunstancias aun permanecen lejos de vos, se lisonjea de que sabreis acoger con bondad su sumision, y que corriendo un velo sobre todo lo pasado, no cerrareis vuestro corazon á ninguno de vuestros hijos.»

Aquella acta, ademas de honrar altamente al ejército, logró tambien conmover al rey y á toda la Francia. Al día siguiente el mariscal Davout, dando con ella un paso muy avanzado, dispuso que el ejército, ya sometido, cambiase espontáneamente sus banderas.

«¡Soldados, les dijo, para completar el acta de sumision que acabais de firmar, os resta todavía hacer un sacrificio, penoso á la verdad, mas necesario!... ¡Enarbolad la bandera blanca! ¡Bien sé que en ello os exijo un gran sacrificio!... Al cabo de veinte y cinco años no es extraño que hayamos tomado aficion á esos colores que todos hemos llevado.... Pero si un sacrificio que lo exige el interés de la patria.... ¡Ya sabeis, soldados, que no seria capaz de daros una orden que fuera contraria al honor! ¡Conservad para la patria tan numeroso y valiente ejército!»

## XVII.

Las últimas palabras del general en gefe se comprendian perfectamente sin necesidad de que él las acabase de pronunciar. El rey se hallaba ya oprimido y aun insultado en Paris por las insolentes represalias de Blucher. El puente de Jena, situado junto al Campo de Marte, habia sido denunciado por aquel bárbaro á sus soldados, y minado y cargado de pólvora, hubiera quedado enterrado con el nombre de aquel monumento el de la batalla en que habia sido derrotada la Prusia, á no haberse interpuesto para salvarle una súplica del rey al emperador Alejandro, y la decision algo mas teatral que sensata, anunciada por el mismo monarca, de que iria á colocarse sobre el puente en el momento de la esplosion, á fin de perecer con un monumento de su reino, cubriéndole con su propia magestad y con su vida.

Los monumentos de las artes, bronce, mármoles, pinturas, estatuas, carros antiguos, los despojos de las naciones, de las capitales, de los palacios, de los museos, de las bibliotecas de la Europa, acumulados en el Louvre y en nuestras plazas públicas por efecto de la victoria, se veian recogidos y rescatados en medio del día y á mano armada por los soldados de aquellos mismos pueblos en los cuales habian oido conquistados. La conquista arrebatada lo mismo que habia sido adquirido por medio de la conquista. Aquellos trofeos pasaban desde Paris á Roma, á Florencia, á Viena, á Berlin, á Turin, á Madrid, porque aquellas no eran realmente propiedades; no eran sino despojos. Las vicisitudes de la suerte eran las que constituian todo el derecho de los poseedores. Usando de una imparcial equidad no podia acusarse legítimamente

á los antiguos dueños de aquellas obras maestras, porque se apoderasen de ellas y devolviesen á sus capitales y á su patria aquellos tesoros que les habian sido arrebatados. La espada habia sido el único título alegado para hacerlo; ella, pues, era á su vez, no diremos un *talion*, puesto que se respetaban las propiedades francesas y los monumentos nacionales, pero sí la restitucion violenta de aquellos despojos. La conciencia lo reconocia así; pero el orgullo nacional se hallaba resentido hasta el punto de temerse una sublevacion desesperada en París.

El genio tan artístico como militar de la Francia habia cobrado una aficion tal á aquellos lienzos, á aquellos mármoles, á aquellos bronceos, que llevado de su noble pasion los hubiera preferido á los mas ricos tesoros, y hasta á las mas estensas propiedades. Le habria sido menos sensible, y hasta lo creia menos humillante el ceder provincias y aun reinos enteros, mas bien que cuadros ó estatuas. El pueblo por su parte estaba persuadido de que le saqueaban sus hogares, y de que todo su moviliario nacional puesto en pública almoneda por aquellos soldados de la *barbarie*, serviria para dejar consignada en toda Europa su derrota y su humillacion. Los pintores y los escultores estaban indignados, y hasta la poesia lloró en las elegías tristes á la par que vengadoras de Casimiro Delavigne, llamadas *Mesianas*, la devastacion del Louvre, y la emigracion de los dioses y de las diosas de piedra.

Mr. de Talleyrand conocia demasiado la situacion y estaba muy acostumbrado á discutir cuestiones de derecho público para que tratase de esponerse á aquella restitucion que los aliados se estaban haciendo por sí mismos, pues que solo le hubiera sido posible oponer sofismas contra razones. Cerró, pues, los ojos ante la desaparicion de aquellos despojos, despreció los rumores del pueblo, y como si se desdeñase de molestarse por tan poca cosa, procuraba contestar á cuantos venian á hablarle de la agitacion en que se hallaba la capital y rogarle que in-

terviniera en nombre de la Francia y del rey: «Eso no es cosa mia!» Y Talleyrand tenia razon, por que resistir era imposible, suplicar era harto bajo, lamentarse era humillante; no quedaba, pues, otro remedio que callar y volver los ojos á otro lado.

## XVIII.

Mas los aliados, una vez reunidos en París en número tan considerable y ocupando sucesivamente las provincias con sus cuerpos de ejército, imponian subsidios, alarmaban á las ciudades y á las poblaciones de los campos con requisiciones de toda especie, despojaban las cajas públicas para el sostenimiento de sus tropas, oprimian, esquilaban, devastaban el hogar así del rico como del pobre. Los prusianos en particular, bien sea porque tuviesen mas perjuicio que vengar con respecto á su patria, bien que aquel pueblo, mas aguerrido que las demás razas germánicas, participase mas en su naturaleza de aquella especie de rudeza que se adquiere en los campos, se señalaban como en 1814 por crueldades y barbaridades tales, que hacian su ocupacion mucho mas terrible y su nombre era odiado en Francia. Habian impuesto cien millones en dinero á la ciudad de París el mismo dia que entraron en ella. Los prefectos nombrados por el rey; los alcaldes de las villas y lugares, no podian poner á cubierto sus respectivos territorios de sus exigencias insaciabiles y de sus depredaciones. A pesar de lo estipulado en la convencion de Saint-Cloud y de hallarse el rey en París, ellos trataban á la Francia como á pais conquistado, y no veian en ella el reino de un monarca, su aliado, sino el despojo de Napoleon, su enemigo. Llegaron hasta apoderarse de varios prefectos que se atrevieron á resistirles con decidida independenciam, haciéndolos prisioneros y obligándolos á salir de sus provincias.

Un grito unánime de dolor, de angustia y de indignación se elevaba hácia el rey desde todos los puntos ocupados por ellos y por los austriacos (que no eran tan perjudiciales), á fin de implorar su proteccion, pues de otro modo llegaría á estallar la mas desesperada insurreccion.

El duque de Wellington, mas modesto en la victoria y mas cauto y comedido en la ocupacion, tenia sometidos á los ingleses de fuera de París á una respetuosa disciplina en lo tocante al hogar de los ciudadanos y á la autoridad del rey, que él trataba de popularizar, ayudando á restablecerla y afirmarla. El trataba como aliado con Luis XVIII despues de haber tratado con Napoleon como vencedor. No ultrajaba jamás, mas bien consultaba á veces con la mayor deferencia y ayudaba á defender al gobierno del rey contra las brutalidades de Blucher. A pesar de sus observaciones, este general amenazaba con apoderarse de las arcas del tesoro y aun pretendia echar mano de las cajas públicas, si la ciudad de París no le pagaba los 100.000,000 que la habia impuesto á su entrada en ella. Por fin, la presencia de su rey y del emperador de Rusia que llegaron á París, logró poner un coto á las represalias del general prusiano.

Del impuesto de guerra sobre París para la Prusia se rebajaron diez millones, pero Blucher habia saqueado ya las fábricas de armas de Versalles y varias casas particulares de aquella residencia real.

## XIX.

Mientras tenia lugar aquella concentracion de generales en jefe y de soberanos en París, la Europa, puesta toda sobre las armas y en movimiento desde el 20 de marzo, continuaba desbordándose en el territorio por to-

das las fronteras. Nuestras provincias apenas podian contener aquel incesante reflujó de las naciones que se apresuraban á venir, aun despues de ver terminada la lucha, con el único objeto de vengarse del terror que el desembarco de Napoleon habia escitado en el mundo. Los aliados se repartian el espacio sobre el suelo del pais. Los ingleses, los belgas, los holandeses habíanse distribuido todas las ciudades y provincias que se estienden entre París y la frontera de Bélgica. Los prusianos acampaban en masa en París y fluían desde allí entre el Loira y el Océano. Los austriacos, los bávaros y los wurtembergenses estaban acantonados en la Borgoña, en el Nivernés, el Lyonnés y el Delfinado. El ejército austriaco y piomontés de Italia habia bajado á Provenza y al Languedoc. Los rusos ocupaban con su numeroso cuerpo de ejército la Lorena y la Champaña; los sajones y los badeneses, la Alsacia; los húngaros, las orillas del Mediterráneo; los españoles, los flancos de los Pirineos franceses, la Navarra y el Rosellon.

Jamás una inundacion semejante de naciones armadas se habia desbordado sobre el territorio francés, desde las grandes invasiones de los bárbaros que habian arrollado las poblaciones primitivas reemplazándolas con otras nuevas. Las quejas del pueblo se elevaban por do quiera contra el hombre cuya impaciencia de reconquistar el trono habia abierto aquellas esclusas de pueblos suministrando al mundo aquel pretexto de desbordamiento universal.

## XX.

El rey no hacia mas que padecer y sufrir al contemplar su territorio completamente invadido, y á su pueblo dividido por la opinion, exhausto de sangre y de dinero, lanzado de las plazas fuertes, ocupado en la capital y en

todos los principales centros de energía, como Leon, Strashburgo, Lila; insurreccionado en el Mediodía y en el Oeste por su causa, y estremeciéndose de cólera en el Este y al otro lado del Loira por causa de su enemigo.

Un acto desesperado de energía podia, segun le aconsejaban, lanzarle en medio del ejército del Loira, que aumentado por los vendeanos y confundiendo en un solo patriotismo ambas banderas, habria impuesto respeto y moderación á los aliados. Pero semejante plan, formado por algunos generales del ejército del Loira y por varios gefes vendeanos deseosos de tomar su parte de patriotismo en las calamidades de la Francia, no eran mas que una quimera que se desvanecia á la primera reflexion. Abandonar á París era abandonar el trono. Despues de haber desalojado las tres cuartas partes de las provincias francesas y la capital, era preciso volver á conquistarlas contra un millon de estrangeros, dueños de las plazas fuertes, de las armas, del tesoro y de los impuestos. ¿Con qué fuerzas contaba, pues, el rey para acometer semejante empresa? Con cuarenta ó cincuenta mil hombres, restos del ejército de Napoleon y algunos miles de paisanos bretones para auxiliarles. Y aun queriendo suponer un éxito imposible, en qué estado hubiera encontrado el monarca su reino, talado y despedazado por aquellos millones de enemigos. La Francia entera habriase convertido en un campo de batalla despues de la lucha. Aquello era lo mismo que proponerle incendiar su reino por su propia mano. Nada era posible que el rey intentase despues de Warterloo y de la sumision de París, sino retirarse del trono por no presenciar la opresion de su reino, ó tratar en su nombre ó en el de su pueblo con los aliados á fin de reducir el rescate y atenuar los rigores inseparables de la ocupacion; tris e papel á la verdad, pero necesario, y cuya necesidad sentia mas que nadie la nacion, perdonando sus contrariedades y dando gracias por ello desde el fondo de su corazon, á su desventurado rey.

## XXI.

La presencia, sin embargo, de aquel ejército de Napoleon, que aunque sometido ya á la sazón al rey, ocupaba un solo punto del reino, detrás de un gran rio y lindando con provincias muy belicosas, como la Bretaña y la Auvernia, no dejaba de causar alguna alarma á las potencias, asi es que el consejo de soberanos exigió del rey su licenciamiento.

«El tratado de alianza concluido en Viena entre las potencias, escribia el plenipotenciario ruso Mr. de Nesselrode á Mr. de Talleyrand, se hizo contra Bonaparte y sus partidarios, y principalmente contra el ejército francés, cuya desordenada ambicion é insaciable sed de conquistas ha turbado por mas de una vez la Europa. Impulsados por la necesidad de establecer la paz universal, el emperador de Rusia y sus aliados ponen como condicion imperativa el licenciamiento de aquel ejército, tanto por interés del mismo rey como por el de sus pueblos.»

El rey, que no podia ver otra cosa en el ejército de Bonaparte que un resto de pretorianos entre los cuales se perpetuaria el fanatismo de su competidor al trono y la oposicion á su propia raza y á su reinado, debia desear forzosamente aquel licenciamiento y su trasformacion en un ejército territorial y realista. Apresuróse, pues, á obedecer á la intimacion de las potencias tan conforme en un todo con sus propios intereses.

Se acordó, pues, el licenciamiento del ejército del Loira. Los regimientos se organizaron en ochenta y seis legiones departamentales de á tres batallones, y en cincuenta y dos regimientos de caballería y artillería. A fin de destruir el espíritu de cuerpo, esa tradicion inesplicable

de las tropas que sobrevive á los hombres y que renace con la bandera y con el nombre de los cuadros armados, cada una de las legiones debia componerse de soldados nacidos en el mismo departamento cuyo nombre llevase la legion, medio muy apropiado para acabar con el bonapartismo en aquellos cuerpos y para sustituirle el espíritu de la comarca á la cual pertenecian. Aquel era tambien un medio hábil de contar con legiones realistas al menos en el Mediodía y en el Oeste; pero era asimismo un elemento seguro de guerra civil, en caso de un conflicto de opinion entre las diferentes provincias de la Francia y una institucion funesta ademas bajo otro concepto, porque en su esencia era mas federativa que nacional, y porque creando el espíritu de provincia en los miembros del ejército, tenderia á debilitar el de la unidad nacional, que es el que constituye la fuerza contra las facciones y contra el extranjero.

El mariscal Macdonald fué el encargado del licenciamiento y de la organizacion del ejército.

## XXII.

Era muy urgente antes que todo el fijar por medio de un tratado de paz definitivo la situacion de la Francia y del rey para con las potencias. Hasta que aquel tratado no fuese discutido y firmado, la Francia no existia mas que como un pais conquistado, y el rey no era otra cosa que una especie de comisionado oficioso entre su pueblo y la Europa. Mr. de Talleyrand, regocijándose de verse libre de las dificultades que rodeaban al gobierno interior encomendado á Fouché, se dedicó con grande ardor á aquella negociacion, que era lo que mas preocupaba el ánimo del rey. Reanudóse, pues, en Paris el con-

greso de Viena, interrumpido por el 20 de marzo y complicado por Waterloo.

Las conferencias diplomáticas entre Mr. de Talleyrand y los plenipotenciarios europeos, tuvieron lugar en casa de lord Castlereagh, ministro principal de Inglaterra, á quien la deferencia de los soberanos hacia el vencedor de Waterloo habia cedido la direccion preponderante de las negociaciones. Mr. de Talleyrand, el duque de Wellington, lord Castlereagh, Mr. de Metternich, Mr. de Weissemberg, Mr. de Hardenberg, Mr. de Humbolt, el príncipe Rasoumowski, Mr. de Nesselrode, Mr. Cappo d' Istria, Mr. de Gentz, publicista alemán, Mr. Pozzo di Borgo y varios de los generales mejor impuestos en el secreto político de sus respectivos gabinetes, se reunian allí todos los días y por espacio de muchas horas. Comenzóse por regularizar por medio de convenciones las exigencias hasta entonces arbitrarias, y los departamentos señalados á los diferentes cuerpos del ejército sobre el territorio. En seguida se trató de la suerte de Napoleon, que permanecia aun sin decidirse en las radas británicas, quedando acordado declararle prisionero de guerra de la Europa, su custodia confiada á la Inglaterra y su residencia fijada en la isla de Santa Elena. La paz entre la Francia y la Inglaterra quedó en el acto tambien restablecida, pues no habiendo la Gran Bretaña declarado la guerra mas que á Napoleon, con su desaparicion de la escena habia concluido asimismo la causa de la guerra.

Mr. de Talleyrand, con el objeto de halagar un noble sentimiento de humanidad en el cual la Inglaterra habia tomado la iniciativa bajo la inspiracion religiosa de Wilberforce y de sus filósofos, no tuvo inconveniente en admitir, en nombre de la Francia, el principio de la abolicion del infame comercio de negros.



### XXIII.

Entablóse en seguida la cuestion de si los aliados habian tomado parte en la guerra por la conquista ó solo por el restablecimiento puro y simple del orden europeo, turbado por Napoleon. Las grandes potencias, como mas generosas, consintieron en admitir este último principio, mas las de segundo orden, llevadas de la ambicion y de la envidia, se opusieron tenazmente. Los Países Bajos pedian la restitucion á sus antiguos poseedores de la Alsacia, de la Lorena, de la Flandes y del Artois. «La conquistista, decian, tiene el derecho de repetir contra la conquistista.»

La Prusia apoyó á los Países Bajos por el órgano de Mr. de Humbolt, exigiendo por su parte la cesion de Montmedy, de Metz, de Sarrelouis y de Thionville.

Mr. de Metternich reclamaba en nombre del Austria una indemnizacion territorial, una garantía permanente de seguridad, una forma de gobierno conciliable con la de los demas gobiernos limitrofes, y varias medidas de policia militar á fin de reprimir por el momento toda tentativa de parte del ejército.

El rey de Cerdeña exigia la restitucion de la Saboya, que habia sido cedida á la Francia por el tratado de 1814. La Inglaterra y la Rusia nada pedian.

Redujéronse por fin las reclamaciones, habiendo mediado la amigable representacion de estas potencias, á exigir la demolicion de Huninga, una indemnizacion de 600.000,000 millones por gastos de guerra, otra de 200.000,000 para construir nuevas plazas fuertes á fin de precaver las agresiones futuras de la Francia, la ocupacion por espacio de siete años de una zona francesa por ciento cincuenta mil hombres de la coalicion, sostenidos

á espensas de la Francia y mandados por un general nombrado de acuerdo con los aliados, y finalmente, un desmembramiento importante por la parte del Norte en favor de los Países Bajos por la cesion de Condé, de Filipeville, de Givet y de Maubeuge.

### XXIV.

Mr. de Talleyrand se apoyaba en la imparcial benevolencia de lord Wellington para combatir la exageracion inícuca é imperiosa de semejantes condiciones. El rey trabajaba personalmente en sus conversaciones particulares con el emperador de Austria, con el rey de Prusia, y principalmente con el emperador Alejandro, que era el mas generoso é influyentes de los príncipes de la coalicion. Tambien hacia valer para con este príncipe la influencia mística de Mme. de Krudener, aquella sibila cristiana, que ocupaba en el ánimo del emperador de Rusia el el puesto de las ambiciones humanas reemplazándolas con la aspiracion religiosa para fundar un orden intelectual y moral en Europa.

Lord Wellington y el emperador Alejandro intercedieron noblemente á fin de que la Europa no abusase con demasiada severidad de la victoria contra un príncipe inocente del atentado de Napoleon, y contra una nacion subyugada por su ejército que habia sufrido mas bien que contribuido á semejante atentado; mas el ultimatum de las potencias, al cual la Rusia y la Inglaterra creyeron deber adherirse mas bien por consideraciones con sus aliados que por exigencia contra la Francia, fué amasado entre ellas mismas y lo ocultaron al rey y á Mr. de Talleyrand por espacio de mas de un mes.

Por fin diéronlo á luz á principios del mes de setiembre, apareciendo en él las mismas condiciones, con corta

diferencia, que dejamos enumeradas mas arriba: un desmembramiento parcial, una multa ó impuesto de mil millones, la ocupacion por siete años, y el desarme de la Francia en cambio de la particion ó division de su territorio, ó lo que es lo mismo, la ruina, la deshonra, y el rescate firmado por un rey, que al mismo tiempo que rescataba á su pais, parecia rescatar tambien su trono á expensas de su pueblo.

Luis XVIII derramó en secreto abundantes y amargas lágrimas no siéndole posible ocultar por completo su afliccion á sus familiares. «Mi puesto, exclamaba él muchas veces, debia ser Hartwell ó el ejército del Loira. Mis aliados me pierden aparentando salvarme.» Si aquel principe hubiera dado oídos á la noble desesperacion de su alma entregando en manos de los aliados un trono harto caro en el precio que se le exigia, habria quizá perdido ese trono por algunos dias, mas la Europa confundida y embargada y la Francia conmovida, le hubieran al fin devuelto su reino con condiciones mucho mas aceptables. Las inspiraciones del honor son las únicas que deben seguirse en circunstancias tan criticas como aquellas. Luis XVIII y su familia habrian ganado mas declarándose prisioneros de la Europa, que apareciendo como cómplices del envilecimiento y de la spoliacion de su pais.

## XXV.

Mas en lugar de irritarse el rey contra si mismo, se sintió hondamente afectado por la impotencia ó falta de habilidad de Mr. de Talleyrand en aquellas negociaciones, porque entre los hombres de Estado, los reveses de la suerte suelen reputarse por crímenes como entre los militares. Por otra parte, Mr. de Talleyrand pesaba ya secretamente sobre el amor propio y sobre la dignidad de

Luis XVIII, siendo para él mas bien una necesidad, pero una necesidad onerosa é importuna. Su superioridad descollaba demasiado en el consejo para no ofuscar en algun tanto la superioridad del monarca.

Mr. de Talleyrand era de distinguido nacimiento; y por lo tanto, habia resabios de gran señor en el ministro y deferencia en sus servicios. Recordaba muy á menudo, y hacia porque el rey lo recordase tambien, que con su auxilio habia el monarca recobrado el trono despues de haberle perdido por culpa de Mr. de Blacas. Sus dictámenes en el consejo eran siempre concisos ó imperiosos, y sin que jamás discutiese; daba órdenes. Con mas esperiencia de los hombres y de las cosas modernas que Luis XVIII, con mas prestigio para con los soberanos extranjeros y sus ministros, que el mismo rey, puede decirse, que haciendo uso de su ascendiente, ejercia mas bien un patronazgo que un ministerio. Los poderes existian en su nombre y no en su título de presidente del consejo. El rey, que á su pesar se veia en la necesidad de halagarle á causa de la capacidad que se le suponía para los negocios, no llevaba á mal que esa misma capacidad le hubiera fallado una vez, á fin de hacer recaer, á los ojos del vulgo, la desgracia de la negociacion sobre el negociador, y de verse como obligado por el interés del Estado á deshacerse de un ministro que traía á la memoria por mas de un concepto á un *mayordomo de palacio*.

## XXVI.

Preciso es convenir tambien por otra parte en que Mr. de Talleyrand, tan útil como negociador en el congreso de Viena, no habia mostrado en 1814 ni despues del regreso del rey en 1815, como ministro, ninguna de aquellas altas cualidades que constituyen al hombre de

Estado en los países constitucionales, pues que no poseía ni la iniciativa, ni la actividad, ni el don de la palabra, que son las tres circunstancias indispensables en los gobiernos parlamentarios. La mas completa desidia, la mas refinada indolencia y el silencio mas elocuente, eran los elementos que componian su naturaleza, su habilidad y su táctica. Ahora bien, esas tres virtudes de la pereza del espíritu, muy buenas para aquellos tiempos en que la nave del Estado boga por sí misma con su rumbo conocido, son harto insuficientes en épocas tempestuosas en que es preciso saber encontrar el camino, y maniobrar á veces por entre escollos y contra todo viento. Hay momentos en que es preciso aprovecharse del tiempo y arrastrar las opiniones á viva fuerza. Mr. de Talleyrand gustaba mucho de dormir, y contaba siempre con esa fuerza oculta de las cosas, que aunque es cierto que hace mucho, no lo hace sin embargo todo. Los beneficios del tiempo, aguardados con su natural indolencia y aprovechados despues diestramente, componian por lo menos la mitad de su fama de habilidad.

Ningun hombre hubo jamás que hasta tal punto haya quitado su fama á la Providencia, y esto estaria muy bien en aquellos tiempos en que la mano activa de Napoleon obraba por él, mas no asi despues cuando el espíritu de córte en palacio y el de faccion en los partidos, hacian desaparecer el espíritu nacional ante los mismos ojos de un gobierno adormecido. El ministro asistia á la decadencia del trono y del pueblo, y en el mero hecho de no imprimir ningun movimiento decisivo al gobierno, le dejaba inevitablemente sumergirse entre vicios intestinos que todo lo corrompian, y entre dificultades estremas que á todo se sobreponian. Tampoco le habia dotado la naturaleza del valor necesario para presentarse en la tribuna, ni del don de la palabra ante una reunion numerosa; asi es, que siempre habia tenido necesidad de otro hombre que representase por él en los grandes dramas políticos

á que tuvo necesidad de asistir. Sin fuego en el alma, sin calor y sin pasion en sus discursos, ¿cómo era posible que hubiera nunca conseguido entusiasmar ni arrastrar en pos de sí á ningun auditorio? La imparcialidad jamás es elocuente, porque la elocuencia no es otra cosa que el resultado de la conviccion. La tribuna por lo tanto no hubiera hecho otra cosa que realzar aun mas su inferioridad á los ojos de las oposiciones ó de los partidos. Pues bien, la hora de la tribuna habia sonado ya, las elecciones se estaban preparando, las candidaturas se formaban por todas partes, la Francia, en fin, iba á recobrar su voz. El rey conocia que Mr. de Talleyrand tendria que enmudecer ante las interpelaciones que no podrian menos de hacerse, y hasta él mismo debia arredrarse del nuevo papel que las Cámaras le iban á hacer representar, papel que no le fué dado desempeñar ante la Asamblea constituyente cuando se hallaba en todo el vigor de su juventud y de su ambicion, viéndose precisado á ocultarse detrás de Mirabeau. ¿Cómo habia de poder desempeñarlo al presente? ¡y cuánto prestigio no se esponia á perder! Asi, pues, mejor preferia caer oportunamente por efecto del descontento del rey, que caer unos días despues vencido por su propia insuficiencia.

Tales eran los motivos que hacian desear al rey la retirada de su primer ministro, y que contribuian á hacer decaer el ánimo del mismo Mr. de Talleyrand. Pero existia ademas otra causa, desapercibida aun para la córte, aunque preponderante ya en el corazon del rey, y consistia en la súbita y decidida aficcion que hacia días experimentaba hácia un nuevo favorito, pues no puede darse con exactitud otro nombre al sentimiento que le impulsaba hácia un jóven, que aunque apenas conocido, habíase hecho ya necesario. Este jóven era Mr. Decazes.